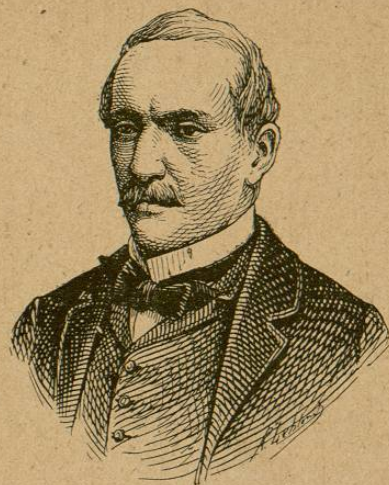


La libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos, pero no ha salido nunca pura de ellos.

Los soldados afortunados pelean por la libertad como por una querida, para violarla.

Siempre que la libertad ha caído en los brazos de un guerrero, ha muerto sofocada por él. Todos ellos la deshonran primero, la traicionan luego, y la matan al fin.

Esa es la eterna historia, repetida por todos, ya se llamen Napoleón, que fue el genio, ó Melgarejo, que fue la audacia.



GARCÍA MORENO

Henos aquí en lo más espeso de la sombra!...

García Moreno es el horrible pájaro de la noche.

Para perseguir á este tirano buho hay que bajar con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su voloteo vertiginoso en las tinieblas.

La proyección de la figura de este déspota en la historia es pequeña y deforme : es repugnante como una larva, y venenosa como una víbora.

La historia de su trágica dictadura no tiene un rayo de luz! Prodigó la muerte y la sombra,

asesinó por millares, azotó á sus generales, resucitó el tormento en las prisiones, mató la juventud en las plazas, y pasó en la sombra blandiendo el puñal con una extraña mirada de loco y la espantosa crueldad de un fanático.

Fue un jesuita feroz, un neurótico poseído del odio más ardiente al progreso humano.

No tenía la austeridad de Francia, ni la altura intelectual de Núñez, esos otros dos tiranos jesuitas de América.

Era un despreciable y oscuro soñador de crímenes.

Aquel déspota fue un arcaísmo político, un extraño en este siglo, una especie de fraile loco, escapado de su celda, y tocado del misticismo de la destrucción, muy digno de galopar al lado de Santo Domingo de Guzmán en las cruzadas albigenses.

Es el tipo ideal del tirano fanático.

Yo no sé si sería tonsurado, pero mereció serlo.

Es la figura más sombríamente odiosa de la historia americana. Tan pérfido era y tan malo, que han pretendido después canonizarlo. Bien merece ser notabilidad de almanaque.

Mezcla confusa de sacristán y leguleyo, fraguaba sus asesinatos en los claustros, y los ejecutaba en nombre de Dios y de la ley.

Su fama es enteramente conventual, y los himnos á su nombre son salmodias cantadas en su loor por curas y monaguillos.

La humanidad no le debe sino atraso, lágrimas y sangre : no puede tener para él sino anatemas.

La Iglesia podrá levantarle algún día altares, y colocarlo entre sus ídolos ; la libertad no le alzará nunca monumentos, á no ser que le levantara una estatua como la que el conde de Maistre deseaba alzar á Voltaire : *por la mano del verdugo*.

Su tosca y desgraciada personalidad no forma al lado de esos tiranos brillantes por el valor ó por el talento, y que deslumbran á los pueblos con el espectáculo de sus victorias ó el brillo de su genio : no, es vulgar y pequeña, pueril y frailesca.

La fantasía más soñadora no podrá embellecerlo nunca ; la leyenda heroica nada tendrá que hacer con él : sus crímenes romperían el molde de cualquier poema ; pertenece á las narraciones medrosas, á las tradiciones lúgubres, á la tragedia histórica.

La gloria no tiene noticia de su nombre.

Su espantosa cabeza de Medusa aparece en la historia americana, guillotínada por Montalvo, y encerrada en la jaula de hierro de su espantosa dialéctica !

¿Cuál fue su historia ?

Ayudado por los jesuitas asaltó el poder, acogotó el derecho, mató la libertad, enterró vivo el pueblo del Ecuador, clavó sobre ese sepulcro una negra cruz, y en uno de los brazos de ella plegó sus alas y clavó sus garras este inmundo buho, y

quedó allí, centinela de la muerte, amenazante y fijo, mirando el horizonte, que estaba siempre oscuro, iluminado á intervalos por las llamas fluctuantes del Pichincha!....

De vez en cuando erizado y medroso, prestaba oído atento á un inmenso ruido que venía perturbando aquel silencio, algo formidable que avanzaba en medio de la soledad, haciéndolo estremecer : era la voz y el pensamiento de Juan Montalvo, que pasaban sobre aquel pueblo dormido : verbo de rayo, tempestad de ideas !

¡ Qué duelo tan trágico y tan grande el de aquel déspota sombrío y aquel talento indignado, el de aquel buho y aquella águila.

El águila bajaba amenazante sobre el siniestro buho, le picoteaba la cabeza hasta hacerle sangre, lo asordaba dándole aletazos tremendos ; graznaba furioso el negro pajarraco, ensayaba picar, pero caía al fin patas-arriba, alborotado el sucio plumaje, herido por aquellas alas poderosas, y entonces el águila se levantaba serena, majestuosa, imponente, y se alejaba hasta perderse entre las brumas del pálido horizonte.

Y pasaba esa águila proscrita por América y Europa, llevando en sus alas como jirones de la sombra con que acababa de luchar, llenando de acentos bélicos el espacio y contando al mundo el martirio de aquel pueblo, crucificado, secuestrado y mutilado en pleno siglo XIX.

Jamás tirano alguno fue tan duramente flagelado en vida por el látigo de un estilo tan viril.

La musa triunfal de Eschilo, persiguiendo á Jerges aterrado hasta en brazos de sus concubinas y de sus eunucos, tuvo apenas acentos semejantes.

El alma del Ecuador se refugió en Montalvo prestándole ese acento, condensación de todos los anatemas, y vengándose así de ese tirano, condensación de todas las maldades.

Montalvo reunió el verbo cáustico de Juvenal, la elocuencia de Marco Tulio, y la candente concisión de Tácito, en ese haz de azotes con el cual fustigó tan duramente al sátiro jesuítá, que la azotaina se oía en toda América, como se oye en un circo el chasquido del látigo de un domador de fieras.

Victor Hugo y Juan Montalvo han sido los dos más grandes indignados de este siglo : nadie ha superado sus soberbios acentos.

Sus duelos con Bonaparte y García Moreno, respectivamente, son las dos más bellas epopeyas de la pluma contra el cetro, del talento contra la iniquidad.

La historia verá siempre, en medio de fulguraciones terribles, pasar la sombra de aquellos dos tiranos fugitivos, perseguidos por aquellos dos genios indignados ; y en vano los réprobos tratarán de ocultar las frentes, si siempre han de mar-

cárselas las estrofas ardientes de los *Castigos*, y los períodos fulgurantes de *el Cosmopolita*.

La justicia venció al fin.

La soberbia del pueblo, tanto tiempo comprimida, estalló en una catástrofe violenta.

Un día, al salir de su palacio, el tirano se halló frente á frente con los conjurados del pueblo, vio brillar algo como un relámpago sobre su cabeza, y sintió que la hoja fría del puñal de la venganza popular le entraba en el corazón.

Al verse frente á la muerte, aquel matador, que tanto la había prodigado desde su palacio, tuvo un miedo cervical, tendió las manos suplicante, cayó de rodillas implorando perdón, lloró pidiendo la vida; y él, que nunca la había tenido, osó hablar de piedad!... Los conjurados fueron implacables, y el déspota murió como había vivido, ahogándose en sangre.

No supo ni morir; cayó como un cobarde.

No asió moribundo el puñal homicida, como Hippias, ni se cubrió majestuosamente como César, ni se sonrió con desdén como el bearnés, ni trató de poner la mano en su contrario, como Gustavo de Suecia: sólo alcanzó á morir llorando é implorando la vida como la cortesana aquélla que exclamaba en el cadalso: *Piedad! no me hagáis daño, señor verdugo*.

De él sí que puede decirse que en su caída es donde se conoce bien su miserable naturaleza;

ella recuerda el ídolo de la Biblia que se rompió junto al tabernáculo del templo: de su cabeza salió un nido de ratones. De la cabeza de García Moreno sólo salió su alma cruel, con los colores del miedo.

Mis enemigos están en el deber de matarme, porque si no, los extermino, decía el déspota.

Mi pluma lo mató, dijo Montalvo al saber el drama de Quito.

Estas dos frases sintetizan la tragedia, y parecen arrancadas á los labios de dos personajes de Eurípides.

Si la pluma de Montalvo, como él hiperbólicamente lo dijo, mató á García Moreno, también lo inmortalizó, condenándolo á la más espantosa de las inmortalidades: la del oprobio.

Mientras se hable la lengua castellana, se leerán siempre, como modelos de arte y de elocuencia, las obras de don Juan Montalvo, y las generaciones futuras aprenderán en aquellos apóstrofes sublimes á odiar la sombría figura de García Moreno, condenado á tan triste supervivencia por el poder de aquel vengador terrible!

Llevado así, por el genio poderoso de Montalvo, atado á él, ese tirano infeliz atravesará la historia como un nuevo Mazzeppa, eternamente desgarrado, y escuchando como aullido formidable en torno suyo las eternas maldiciones á su nombre!...



NÚÑEZ

Hé aquí el tirano esfinge.

Para hablar de su obra sería necesario emplear el tono elegíaco, pues su figura impera entre ruinas; para hablar de su personalidad el estro vengador de los profetas de Sion, pues fue opresor y adúltero como un rey asirio; pero la democracia tiene acentos más viriles para condenar á sus verdugos: nada tiene que prestarle á la antigüedad.

Este apóstata sombrío llevaba en el semblante aquella palidez que hacía presentir á César la trai-

ción en el rostro del último romano; en su alma la sombra que envolvió la de Tiberio, y en su conciencia las tempestades que asaltaron la última noche el corazón del discípulo traidor al Cristo.

Como el vendedor del apóstol galileo, él mismo se encargó de hacerse justicia.

Sólo el Luzbel de la leyenda cayó de más alto que este renegado insigne.

No colgado de un árbol, oscilando á impulsos de la nocturna brisa, sino huyendo de la sombra de su crimen, como Caín, solitario y vagabundo en una playa del mar, náufrago de su ambición, aquel *tirano momia* se presenta al estudio de la historia y á las miradas compasivas del mundo.

Allá, como una águila marina vencida por la tormenta, que despedazadas las alas no pliega el vuelo, sino se desploma en una roca y se refugia allí, soberbia, pero impotente, viendo poco á poco ennegrecerse el cielo y crecer la sombra en el inmenso horizonte, agitando de vez en cuando las rotas alas, y dando al viento un lúgubre gemido; vegetó y se consumió lentamente, entre sus sueños de poeta, sus remordimientos y sus sangrientas visiones, el dictador colombiano, rencoroso y vengativo, solitario y triste, en una playa del océano Atlántico.

Allí espaciando su mirada soñadora, sobre las olas de aquel mar, azul como sus pupilas; solitario, profundo, traidor y lleno de abismos como su alma.

Allí se ostentaba aquel tirano ruina, inclinado sobre dos abismos, el del mar y el de su conciencia.

Allí viendo las tempestades del uno, y sintiendo las tempestades de la otra. El oleaje golpeaba en sus playas, y el remordimiento en su alma. Las olas y las maldiciones formaban rumor siniestro en torno de aquel hombre azote y enigma, siniestro conductor de multitudes y de sombras.

Todo en él tuvo la densa oscuridad del abismo.

Es poeta, y su poesía metafísica, oscura, grandiosa, no tiene la vaguedad de nieblas coloreadas de los soñadores alemanes: su nebulosidad espesa la hace negra, es una nube de tempestad que el sol no colora, y cuyo seno se ve incendiado á veces por cárdenos relámpagos: carece del lirismo y la armonía de los grandes poetas franceses ó italianos; tiene más bien algo de Byron en la pasión de sus poesías eróticas, y sólo cuando se conmueve se roza casi con el autor de *Rolla*. Su musa no es helénica, y la eufonía está ausente de sus versos, en cuyo fondo sus ideas semejan riquísimo perfume árabe encerrado en tosco y desgarbado vaso.

Sus grandiosos pensamientos parecen bloques de mármol arrojados al acaso esperando la mano de un artista que los pula. Los más puros semejan fragmentos de una rota columna del Partenón. Es en su poesía, como en su vida toda: enigmático y sombrío.

Escritor dogmático, sentencioso, ama los moldes de la escuela inglesa que trata de imitar, y es levantado y áspero, como una roca andina.

La elevación de sus ideas, cierta profunda oscuridad, que hace recordar á Tucídides; la forma sibilina que le es peculiar, y el tono soberbio de quien tiene seguridad de ser oído, son los rasgos distintivos de sus escritos.

Filósofo eclético, sin creencias, sin virtud, sin conciencia, sin honradez, no fue un filósofo especulativo, sino especulador; recorrió todas las escuelas sin detener el vuelo en ninguna, y fatigado al fin, como una ave enferma, plegó sus alas en el campanario de las iglesias, lleno de remordimientos, envidias y despecho.

Después de profesar un escepticismo digno de los tiempos de Protágoras ó Demócrito, y haber aceptado como suya la divisa de Montaigne, é impulsado sus doctrinas no ya al pyrronismo, sino á la negación y al ateísmo, de súbito y por interés, por sórdido interés, buscando una protección para sus delitos, una escala para su ascensión, un perdón para sus adulterios, un manto para sus liviandades, se envolvió en el de la iglesia romana, y se hizo no ya creyente, sino místico, pero no místico contemplativo, sino perseguidor iracundo, innovador feroz. Especie de aquel bárbaro Cirilo, verdugo de Hipatia, este renegado sólo vivió pidiendo persecuciones y exterminio para sus antiguas ideas.

Como el criado de Gamaliel, después de la fábula del camino de Damasco, se volvió contra sus antiguos amigos, y los apedreó.

Apóstata ambicioso, debiendo su poder á la traición, tuvo el fuego y el encono que llevan siempre los apóstatas contra la causa abandonada.

Los rasgos distintivos de la neurosis de este político, fueron: el orgullo y la venganza.

Ellos lo condujeron al cisma liberal, de éste á la traición, y de la traición al despotismo.

Empujado por el viento de su ambición, se despeñó de la cima de sus sueños, y despertó en el abismo...

Náufrago de los mares de la libertad, se replegó en las regiones de la autocracia, y llegó á ellas hambriento y feroz, como uno de esos osos polares á quienes sorprende la descongelación de los mares, y llevados sobre un témpano de hielo, sombríos viajeros, viajan semanas y semanas, hasta que son arrojados por la fatalidad sobre un rebaño indefenso. Así cayó él sobre la república.

Marchitas fueron las hojas de su corona apolínea, palideció su estro, y su musa plegó las alas. Ya no fue más que un traidor...

El poeta se hizo déspota.

El ateo se hizo creyente.

El filósofo revolucionario se hizo ortodoxo implacable; de rodillas á la sombra de las iglesias besaba los ídolos que había escupido, y levantaba

los altares que había ayudado á derribar, y edificaba templos á la religión con los fragmentos del templo de la libertad que destruía.

La pluma que había defendido la libertad, escribió el más vergonzoso evangelio de reacción.

La mano hecha para pulsar las cuerdas de la lira, se ejercitó en tirar las de las horcas...

Extendió la sombra sobre la patria.

El derecho y la moral se cubrieron avergonzados.

Hizo de su venganza ley política, y de su poligamia ley moral.

Colocó la dictadura y el adulterio en la cima.

Y vio que sacerdotes y políticos se inclinaron ante él cuando llevando su concubina de la mano paseó los salones del Palacio de San Carlos, y el Papa extendió su mano temblorosa para bendecirlo, y lo llamó su *hijo querido*, ungiendo su frente con el óleo del perdón; y mientras la esposa legítima agonizaba en la miseria, la sociedad conservadora se disputaba el puesto cerca al adulterio triunfante, como los cortesanos de Luis XV se disputaban el taburete cercano á la Dubarry, manceba casi coronada.

La religión y el servilismo formaron un solo himno al despotismo y al vicio.

Los fanáticos y los ignorantes son la mejor madera para hacer lacayos.

El pensador coronó la cima, pero vio á sus pies el abismo...

El filósofo sintió asombró ante tamaña abyección, y comprendió que aquellas sierpes se arrastraban pero podían morderlo. Tuvo miedo de su propia obra... Era tarde! Había despertado el hambre de las fieras, y en vano temblaba ante su rugido... Los acontecimientos eran superiores á él, y sus débiles alas no podían ya luchar con la tormenta. Había provocado la borrasca, y el oleaje jugaba con él como con un corcho. Al fin, el aliento de la propia tempestad levantada por él, lo arrojó sobre una playa...

Tarde debió recordar su propia estrofa :

*Que aquéllos que á los otros despotizan,
Suicidas, con su propia mano atizan
El incendio que escoria los hará...*

Y al despertar en el fondo del abismo, manchado de sangre, convicto de traición, perseguido por el odio y el baldón, tiznado por su infamia, traicionado por sus amigos, mezcla confusa de Caín y Judas, no hallando cómo lavarse las sagrientas huellas del sacrificio fraternal, ni cómo borrar la historia de su traición nefanda, buscó el aislamiento, y viejo poeta, se refugió en la soledad y en las riberas del mar para vivir.

Y allí, triste, septagenario, víctima de repentinos ataques de soberbia, con accesos de venganza senil, decadente y rencoroso, terminó su existencia

aquél que fue poeta y filósofo, traidor y déspota.

Caída sin grandeza, agonía sin majestad!

Dicen que al caer las tardes, el *tigre del Cabrero*, nombre con que pasará á la historia este tirano sombrío, contemplaba con mirada melancólica el horizonte infinito y el majestuoso descenso del sol occidente!...

Ay! acaso pensaba que ese sol, como la libertad, se oculta para reaparecer, entre tanto que para los traidores y déspotas no hay aurora...

Y caía la noche y cubría al déspota, pensativo á la orilla del océano y envuelto en la espantosa noche moral de su alma!...

Él lo había dicho:

Ah! que del torcedor remordimiento
Nadie se libra, ni el mendigo hambriento
Ni el envidiado poderoso rey.
Y, aquél, que á un pueblo, temerario oprime,
Luego, espantado de sí mismo gime,
De la reacción por la implacable ley!

Y así estaba él.

Las olas de aquel mar, por embravecidas que estuvieran, las tempestades, por reciamente que rugieran, no podrían dominar los tumultos de aquel pensamiento, el grito aterrador de aquella conciencia, el aleteo de recuerdos que como bandada de aves carniceras se cernían sobre aquel cerebro, y el inmenso clamor del remordimiento

que se agitaba formidable en el oscuro fondo de aquella alma... Y por sobre todo esto, como en fúnebre *crescendo*, el eco de los ayes de las madres, de las viudas, de los niños huérfanos por su causa...

Espantoso Prometeo devorado por el buitres del recuerdo!

Y en vano pedía consuelo al sueño, porque en él iban á perseguirlo las desmelenadas y hambrientas figuras de las víctimas que su ambición había sumido en la miseria; y en vano ocultaba en las almohadas el rostro sudoroso, si en el fondo de su conciencia veía levantarse más horrorosas visiones, y si abría sus ojos aterrados, creía ver á un extremo de su lecho, como sostenido por una cuerda invisible, colgando y oscilante el cadáver de Pedro Prestán, mirándolo con sus ojos brotados de las órbitas y su amoratada y aterrada faz de ahorcado! Y al otro extremo, envuelto en la bandera de la república, como único sudario, la pálida y altiva figura de Ricardo Gaitán, en cuyos labios se veía creciendo como una inmensa mancha negra, la última gota del veneno que lo llevó á la tumba!

Centinelas implacables, colocados allí por el remordimiento para velar el sueño del tirano!

Así, bajo la sombra del oprobio, hostigado por sus visiones lúgubres, azotado por las alas del espíritu liberal que se le cernía encima como un buitres

furioso, solitario, entristecido, abandonado de los que explotaron su traición, fue caminando lenta y tristemente hacia la tumba aquel sombrío Caín !

La América contempló indiferente esa oscura agonía !

¡Al fin murió!

Mas, ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él, fijo, centellante, severo, el ojo formidable de la historia.



GUZMÁN BLANCO

Este no es un tirano trágico, es un tirano cómico.

Carece de majestad, porque carece de seriedad.

No tiene grandeza, sino boato : su gloria se compone de hipérbolos con átomos de verdad.

Hay mezclado á su brillo real mucho oropel, y aparece en la historia con el aparato de un rey de melodrama.

Queriendo hacer el Talma hizo el Coquelín de la política.